PTERODÁCTILO

FALL 2009 · Nº 7
Revista de arte, literatura, lingüística y cultura
Department of Spanish and Portuguese
The University of Texas at Austin

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

by Joel Maysonet

Me despertó un estruendo de carne y de brea. La cama olía a cielo quemado. Busqué tu muñeca a través del humo brillante de la mañana y encontré metal resbaladizo. Allí estabas tú, levitando hermosa en los escombros de nuestro apartamento. Te vas. Parada al borde de la ventana, la luz roja de la ciudad te va convirtiendo en perfil. Tú respondes lanzando un suspiro de acero y echándole un vistazo al metal que rodea tu muñeca. Como proyectil te encaminas a la vuelta de la esquina.

A la vuelta de la esquina comienza tu vida otra, esa que compartes con el resto del mundo. Es allí donde te pierdo cada vez que te vas. Una vez volteas hacia la ciudad, veo como tu perfil se desintegra en la frontera de hormigón. El cemento te succiona de frente sin ninguna dificultad. Primero tu dedo, tu mano, tu metal—ese que rodea tu muñeca—choca con el muro blando de la esquina. Tu pie en tacón alto y con pisada firme comparte la misma suerte de tu antebrazo, tu codo, casi el hombro. Cuando es tu rostro el que está próximo a estrellarse sin piedad contra la pared, creo que te iluminarás de razón y te detendrás. Es ahí donde supongo que dos mil toneladas de piedra y arena serán suficientes para recobrar esa mitad del cuerpo que ya se perdió. Pero continúas. Sólo resta tu otro brazo, antebrazo, muñeca, que sostiene tu maletín marrón y suave… como tu piel. Dos pasos te toma desvanecer a la vuelta de la esquina, esa que te engulle todas las mañanas y te escupe perfecta en las tardes. Es allí, a la vuelta de la esquina, donde te encuentro cada vez que regresas.

El domingo me hice al que le faltaba el aire y te quedaste. Jugamos a que me ahogaba en humo y ceniza. Jugamos a que me rescatabas de un gran fuego, a que me cargabas con un brazo mientras con el otro tratabas de sostener el techo de plumas que se nos venía abajo. Yo jugué a que ese metal de tu muñeca era muy pesado. Que si querías salvarme tendrías que liberar tu muñeca de esa carga, ese metal que taladra el maletín a tus dedos y te lanza por la puerta hacia el vacío de la ciudad. Tú jugaste a que eras capaz de sostener a ambos. Una vez afuera me envolviste en una manta de algodón y allí, a salvo del gran fuego, me devolviste el aire. La mañana se hizo tarde y tus ojos nunca se hicieron perfil. Y tu perfil nunca se hizo polvo.

El lunes me despertó un estruendo oscuro de hierro y cristal. La cama estaba en ruinas. Te busqué. En la puerta, otra esquina desvanecía tu rostro en un choque fluido y continuo. Te marchabas. El eco firme de tu tacón alto se perdía en el borde del cuarto. Me levanté. En el filo de la puerta desaparecía tu brazo, codo, mano, maletín. Lo agarré. De un alón rescaté tu brazo, espalda, cuerpo de la ciudad. Dejaste caer el maletín y volteaste. Te desnudé. Arrebaté el metal de tu muñeca y lo lancé a ese lugar lejos donde las paredes se encuentran. Allí de pie, di vueltas en las esquinas de tu piel, marrón y suave… como tu maletín. Me ahogué en el humo blanco de tu boca y sentí tu pecho derretirse junto al mío. Tu pelvis en carne viva chocaba firme y continua contra mi perfil. Lanzaste un gemido a quemarropa que incendió nuestro cuerpo. Se desvanecían las esquinas y las sombras. Nos quemábamos.

El martes me convertí en muro de cemento. El metal ese se había fundido nuevamente en tu muñeca. Ese metal que te levanta de la cama cada vez que lo recuerdas. Le prestabas atención. Y decidido a no compartirte me levanté y me planté duro junto a la puerta. Me convertí en cemento y en esquina. Quería hacerte retroceder. Quería que te chocaras de frente. Quería engullirte sin metal y sin maletín. Quería que mi piedra y arena no fuese tan blanda como la vuelta de la esquina. Pero me traspasaste a paso ataconado y te perdí de vista mientras me derrumbaba duro contra las cenizas de una cama de algodón. Allí en los escombros, dos mil toneladas de cuerpo hecho arena esperaron que regresaras de la vuelta de la esquina. Pero nunca volviste.

Me despertó un zumbido grueso que sobrevoló por la ventana. Era un pájaro proyectil. Era acero y carne al garete esquivando esquinas de la ciudad. Eran toneladas de brazos, codos y muñecas convertidas en pólvora. Eran hombres hechos esquina iluminados de sinrazón. Eran perfiles que se estrellaron contra tu ciudad llena de paredes altísimas. De un jalón también me levanté y corrí. Una vez tenía la vuelta de la esquina a la vista, preparé mi perfil para que desapareciera. Quería que mi brazo, cara, rodilla traspasaran la frontera de hormigón. Quería que el cemento blando me succionara y escupiera a los pies de tu ciudad.

Y de un brinco volteé en el final que es esquina. Y como pájaro proyectil me estrellé de frente contra dos torres de acero que se ahogaban en humo y ceniza. Tu ciudad estaba en llamas.

Con el estómago hecho ruinas caí de rodillas en la brea. Me imaginé sosteniendo el techo que se te viene abajo. Te imaginé rodeada en una manta de algodón. Te imaginé suave y marrón entre mis dedos. Iluminado de razón, me convertí en humo blanco y me elevé entre dos torres que escupían tacones y maletines al vacío. Ya adentro, traspasé miles de esquinas, cimientos y gemidos hasta llegar a tu ciudad. Una ciudad hecha de pequeños metales en muñecas que levantan a la gente de la cama. Te busqué dentro de un gran fuego que jugaba de verdad. Te encontré con el filo de la ventana devorando tu cuerpo débil. Te faltaba el aire y nuevamente te desvanecías sola y sin mirar atrás. Corrí. El borde de la ventana te succionaba el perfil sin piedad. Convertido en ráfaga, extendí mi mano buscando tu brazo, codo, muñeca que se perdía en la orilla de metal y cielo, pero la esquina de la ventana te engulló completa. De un brinco traspasé hierro, fuego y cristal y, juntos de la mano, nos lanzamos contra un cielo sin sombras ni esquinas. Levitando en humo y ceniza, te liberé por fin de ese metal en tu muñeca y lo lancé hacia las torres de acero que se derrumbaban contra los cimientos de la ciudad. Imaginé que todo el metal del mundo se derretía en ese volcán de brea. Imaginé que nunca más existirán metales en muñecas que levanten a la gente de la cama. Imaginé que el tiempo por fin se hacía arena.

Y convertidos en una gran mole de fuego, nos estrellamos en lo que ya era el comienzo de una ciudad en reconstrucción.